



**Irene Ramos Soler**  
**Profesora Titular del Departamento de Comunicación y**  
**Psicología Social UA.**  
**Miembro de AGM**

### **EDADISMO ¿SOLO EN TIEMPOS DE PANDEMIA?**

La discriminación por edad, la gerontofobia o edadismo, es un hecho. La mayoría de las personas se dejan llevar inconscientemente por los estereotipos sobre las personas mayores y es algo contra lo que venimos luchando desde la Asociación Gerontológica del Mediterráneo desde hace años, y que hoy, cuando conmemoramos el Día Internacional de las Personas Mayores necesitamos poner de nuevo encima de la mesa y denunciar sin ambages.

El pasado mes de julio participe en el debate organizado por el equipo de La GRAN pantalla (Festival Internacional de Cine de las Personas Mayores de Barcelona), el cual llevaba por título “Edadismo en tiempos de la COVID-19.” El objetivo era presentar al público el término Edadismo y debatir sobre los estereotipos más comunes y como afectan a las personas mayores. El tema no podía ser más pertinente, relevante y, desgraciadamente, actual. Las características epidemiológicas de la COVID-19 han situado a las personas mayores en el centro de la atención mediática.

El edadismo puede adoptar muchas formas, y durante esta crisis sanitaria ha adoptado una de las peores, con prácticas discriminatorias, como la limitación de los servicios sanitarios que se presta a las personas mayores o la imposición de un mayor confinamiento. También lo hemos visto, aún más marcado, en los medios de comunicación, presentando a las personas mayores como un colectivo uniforme, homogéneo, pero sobre todo frágil,

dependiente y vulnerable, enfatizando el trauma del estigma y la discriminación por la edad, cuando no una violación injustificable de derechos y del principio de igualdad.

El edadismo es una de las discriminaciones más extendidas en nuestra sociedad, pero también una de las menos reconocidas. Afecta a las personas mayores, al discriminar por edad, y supone, de hecho, una desprotección del envejecimiento. Sin embargo, este fenómeno no es nuevo, Robert Butler, gerontólogo, fue quien acuñó el término "ageism" por primera vez en la década de 1960 para referirse a la discriminación contra las personas mayores por la mera condición de serlo. Con este término se produjo por primera vez la analogía con conceptos como racismo o sexismo. La traducción literal del vocablo inglés *ageism*, no aparece en la edición 2020 de la Real Academia la Lengua Española, que prefiere optar por formas derivadas de la raíz culta *geronto-*. Por lo que, hasta su futurible adaptación, también podemos nombrar el edadismo como gerontofobia, mientras que otras acepciones como la de "viejismos" o "microviejismos", comienzan también a abrirse paso.

Esta forma de discriminación está socialmente construida y reproducida en todos los niveles de la sociedad. Sin embargo, es particularmente visible a través de los medios de comunicación y su proyección, por ejemplo, de los cánones de belleza. Por lo que podemos encontrarlo en informativos, en la publicidad, en las series de TV, en la prensa, pero sobre todo en el lenguaje y en las imágenes que se utilizan para mostrarles como grupo etario. El lenguaje que usamos es el reflejo de nuestros propios marcos mentales y a través de él, reproducimos estereotipos de una forma inconsciente y, de este modo, contribuimos a su refuerzo y perpetuación. Y es que el lenguaje no es neutro, las palabras que usamos son importantes.

Luchar contra esta forma de discriminación nos ayuda a ser conscientes de cómo percibimos la realidad, y nos permite darnos cuenta de que no existe una sola manera de ver el mundo. Nuestro universo cultural conforma unos marcos de pensamiento que no tenemos que asumir como universales, y nos debe animar a intentar comprender los marcos en los que se mueven otras personas, para dar lugar a una sociedad más abierta.

Como bien señala la catedrática de Sociología, M<sup>a</sup> Ángeles Durán Heras, no tenemos palabras para definir una realidad tan diversa como es la del envejecimiento, por lo que debemos inventar y crear un lenguaje. Sin embargo, esta no es la única carencia, también se necesita de una estética, una moral que se ajuste a la nueva realidad que estamos viviendo.

Las personas mayores son más conscientes que nadie de los estereotipos que giran a su alrededor y uno de los que más les duelen es el que afecta a sus dimensión económica y productiva, el que se les considere “una carga para el estado”, de nuevo aquí estamos frente a un problema del lenguaje (la economía es la gestión de todos los recursos que se producen, pero también que se consumen) y los mayores generan muchos servicios para autoconsumo. Necesitamos transformar no solo la imagen social de la vejez, sino también la económica.

El edadismo resulta especialmente significativo el caso de la mujer, a la que se tiende a discriminar doblemente, aunque el fenómeno es cada vez más común en personas de ambos sexos. Y es que a medida que la esperanza de vida aumenta, los mitos de la eterna juventud se hacen cada vez más visibles.

El debate principal sobre el papel de la persona mayor suele pivotar entre su supuesta vulnerabilidad (en su visión más apocalíptica, como se ha visto) y las recomendaciones para ser tratado como cualquier grupo de edad, perfectamente activo, capaz de relacionarse y ser representado de manera fidedigna. Los medios tienden “como fabricantes de contenidos” al tratamiento homogéneo y a la estandarización de las artes que difunden, utilizando en muchas ocasiones estereotipos para transmitir eficazmente (y de una manera “más fácil”) el mensaje pretendido. Tanto la ficción audiovisual, como la cultura requieren libertad creativa, e idean fórmulas de invención o exageración que no representan de manera fidedigna la realidad. A pesar de ello, ahondar en la representación de una sociedad excesivamente joven tiene sus consecuencias, perpetuando creencias y conceptos erróneos o inexactos, habitualmente negativos sobre las personas mayores. La narrativa mediática se aparta así de la realidad heterogénea que caracteriza a las personas mayores, mostrando un discurso que vincula envejecimiento a dependencia, enfermedad, deterioro y carga social y económica.

La sociedad envejece de forma progresiva e inexorable, nos hacemos mayores, vamos cumpliendo años con buenas condiciones de vida, con un nivel de formación y económico más elevado que el de generaciones anteriores, conformando un grupo heterogéneo con estilos de vida, necesidades y demandas diferentes y que desafía los estereotipos y falsos mitos asociados al hecho de envejecer. Este cambio demográfico debe ir acompañado de transformaciones socioeconómicas y culturales. Desde esta perspectiva, no se puede entender la discriminación por edad existente, que genera de forma incomprensible un rechazo, de *facto*, a nuestro “yo” futuro, a nosotros mismos en unos años. En un mundo global, depende de nuestros esfuerzos colectivos reconstruir la imagen de los adultos mayores como seres competentes, productivos y sociales, o al menos reconocer que las personas mayores no son diferentes del resto, simplemente, son adultos que cumplen años. ¿Y tú?, ¿que quieres ser de mayor?.